

MATRIMONIO Y REGRESO A MEDELLÍN

De los socios de la importante empresa —y bien conocida por mí— Schütte, Bünemann & Co., me hice más amigo personal del socio menor, Dietrich Graue, al que había conocido antes de la guerra en Medellín, donde él estuvo bastante tiempo por razones comerciales. En mis frecuentes visitas a su oficina conocí a su secretaria, una joven dama esbelta y bonita, de comportamiento discreto y muy reservado. En algunas ocasiones, cuando Graue no estaba presente, era recibido por ella solamente y conversábamos mientras lo esperaba. Sabía de mis múltiples viajes, me preguntaba sobre ellos y lamentaba que había visto muy poco del mundo hasta ese momento. Era algo tímida, jugaba cohibida con su tijera de papel y se sonrojaba con frecuencia, lo que le quedaba muy bien. Una vez, en una conversación con Graue, cuando hablamos del tema de su secretaria, la alabó bastante, tanto por su cumplimiento en las obligaciones profesionales como por su carácter personal. La misma opinión escuché de Borné, quien también la conocía.

En la casa de Graue, y en otras oportunidades, tuve contacto social con ella y me gustaba cada vez más. En pocas palabras, un día tomé la decisión de renunciar a mi vida libre de soltero y hasta ese momento tan querida, y me comprometí con la señorita Elisabeth Noll. Era hija del señor Ernst Noll y la señora Else Noll, de apellido de soltera Müller, y había nacido el 31 de octubre de 1902 en la casa perteneciente a la familia, Roonstraße 6, en Bremen. Era la mayor de cinco hermanos, tres mujeres: Lotte, Irmgard e Inge, y un hombre: Herbert.

Al poco tiempo de nuestro compromiso viajé con Elisabeth a Stettin para presentarla a mi madre y a mis hermanas. Las cuatro se entendieron bien, lo que siguió siendo así. A mi madre le gustó Elisabeth desde el primer momento. Ella nos había esperado en la estación de ferrocarril y enseguida, después de haber saludado a mi prometida, me susurró: “¡Una hermosa chica!”. Esta primera buena impresión se vio reforzada enseguida por el hecho de que Elisabeth se mostró colaboradora, servicial y buena en el hogar.

Al regresar a Bremen recibimos un sinnúmero de invitaciones; luego, el 11 de octubre, según las costumbres de allí, siguió una fiesta de compromiso

oficial —que me pareció superfluo— y el 21 de noviembre se realizó nuestro matrimonio en el hotel Hillmann. Después de un breve viaje de bodas, que nos llevó a Hannover, Goslar y Harzburg, debimos iniciar el viaje a Colombia, el 29 de noviembre, pasando por Nueva York, en el barco de vapor Columbus.

Tras una travesía algo tormentosa llegamos bien a esta ciudad, donde debíamos quedarnos unas semanas por mis negocios. Nos alojamos en el hotel Pennsylvania. Como estuve muy ocupado con las actividades comerciales, Elisabeth logró ver en esa ocasión muy poco de Nueva York. Para mí, en cambio, la estadía fue muy exitosa en cuanto a las transacciones comerciales.

De Nueva York viajamos con el United Fruit-Liner Carillo a Puerto Colombia, pasando por Kingston, Jamaica y Cristóbal, Zona del canal de Panamá. En Puerto Colombia fuimos recibidos con algarabía por un grupo de amigos de Barranquilla bajo la conducción de Krische, Remer y el joven Adolf Held (sobrino del señor mayor).

Era el 25 o 26 de diciembre cuando llegamos a Barranquilla, una época en especial festiva en esta ciudad a la que le encantaba festejar, y las pocas semanas que tuvimos que pasar allí por mis ocupaciones comerciales transcurrieron muy rápido para Elisabeth, quien se había integrado rápidamente a mi círculo de amigos más cercanos. ¡Nos alojamos en la cabaña, donde no todo era muy ordenado, pero sí mucho más alegre!

El siguiente viaje por el río a Puerto Berrío me causaba un pensamiento desagradable. Noticias que llegaban del interior informaban de una sequía extraordinaria en toda la región y, como consecuencia, un nivel del agua en el Magdalena muy desfavorable; se nos pronosticaba un viaje lento y complicado. Para mí solo esto no hubiera sido algo temible, pero para Elisabeth, que no estaba acostumbrada ni al clima, ni a fatigas de ninguna clase, hubiera deseado condiciones de viaje más favorables. Pero no había otra posibilidad de viajar: volar era imposible, porque no se podía llevar casi equipaje; además, los pocos aviones, que ya estaban ocupados casi siempre con el transporte de correspondencia, tenían reservas por adelantado desde largo tiempo atrás. Así, quedaba entonces el viaje en vapor como única alternativa y reservamos pasajes en el Bucaramanga.

Cuando Elisabeth vio el camarote de ‘lujo’ que yo había reservado en la cubierta superior del vapor, se asustó un poco. En la cabina, no muy limpia, había dos catres plegados apoyados en la pared; el agua ‘corriente’ del lavatorio no corría, el ventilador eléctrico no giraba, etc. Después de haber hecho limpieza y de que nuestras cosas habían sido acomodadas, el aspecto era un poco más acogedor, ¡pero seguía habiendo una gran diferencia con el camarote en el Carillo, ¡y ni qué hablar, en el Columbus!

Los amigos que nos habían acompañado a bordo se divertieron con la desilusión de Elisabeth por el camarote de lujo, así como con las miradas algo asustadas que dirigía a la maraña de personas que en esos años siempre se veía en los buques a vapor que partían. Un trago de despedida acortaba el tiempo de espera, acompañado de un ruido ensordecedor hasta la partida del vapor, que finalmente se puso en movimiento, ya entrada la noche.

Durante los primeros tres o cuatro días avanzamos, aunque despacio, sin contratiempos, pero cuando nos encontrábamos al alcance de la vista de Puerto Wilches vimos la desembocadura del brazo del río en el cual estábamos, bloqueado irremediamente por un banco de arena. Durante tres días tratamos de encontrar un lugar navegable, e incluso crear uno con dinamita, ¡todo fue en vano! Los víveres comenzaron a escasear, por lo cual hubo que enviar una canoa a Puerto Wilches para traer reservas.

Por fin, la dirección del barco tuvo una idea salvadora. Dos largos cables metálicos se unieron y fueron sujetados a un árbol gigantesco que estaba al borde de la orilla, justo al frente de la desembocadura del brazo del río. Con la ayuda de nuestro cabrestante de vapor y el apoyo paralelo del volante en estrella, el vapor se movió lentamente por los cables metálicos pasando por el banco de arena. Fue una empresa riesgosa y el barco temblaba cuando era arrastrado, pero resultó.

Después de una corta parada en Puerto Wilches continuamos lentamente el viaje con constantes mediciones del nivel de agua y llegamos al día siguiente a Barrancabermeja, tras habernos quedado quietos durante la noche.

Aquí se nos comunicó que el viaje en el vapor había llegado a su fin, el nivel de agua se había reducido tanto que no era factible continuar. No solo bancos de arena bloqueaban la navegación, más peligrosos aun eran los troncos de innumerables árboles que se habían anclado en el lecho del río, en muchos casos emergían de la superficie del agua y formaban verdaderas barricadas. Sin embargo, cuando nuestra continuación del viaje parecía improbable, nos llegó de repente una ayuda inesperada.

Un gran bote a motor, El Águila, remontó el río y ancló al lado de nuestro barco. Un alemán, bien conocido mío, Wilhelm Krüger, de la pequeña empresa Haase Hermanos, lo había alquilado y se encontraba de viaje a Girardot. Después de unas pocas palabras acordé con Krüger que al día siguiente nos llevaría, con el resto de nuestro equipaje, hasta Puerto Berrío; la mayor parte de él la habíamos enviado río arriba, si mal no recuerdo, tan pronto llegamos a Barranquilla, así que podíamos suponer que ya había llegado a Medellín.



Ribera del Magdalena en Barrancabermeja

Si bien el amigo Krüger estaba convencido de que nos podía desembarcar a la noche del día siguiente en Puerto Berrío, poco después de dejar Barrancabermeja, tuvimos que constatar que el río estaba peor de lo que nos habían contado y que hasta para un bote de tan poco calado como el nuestro era difícil encontrar agua navegable. A menudo teníamos que volver y buscar otro camino luego de que la tripulación que había saltado al agua nos empujara desde un banco de arena. En otros lugares la profundidad del agua habría sido suficiente, pero troncos y ramas que sobresalían bloqueaban el camino. Una vez nos atascamos con firmeza en un tronco que había justo debajo de la superficie; por suerte, nuestro bote no sufrió ningún daño. Gran cantidad de cocodrilos yacían en los bancos de arena y de los extensos pantanos en la selva llegaban, ocasionalmente, olores desagradables. Apenas avanzábamos, lentamente, y al final Krüger debió reconocer que era imposible llegar a Puerto Berrío en el tiempo que había fijado.

Nuestra meta era, en ese momento, encontrar un lugar para pasar la noche. No había localidades en la zona, apenas algunas chozas aisladas, pero de nuevo tuvimos suerte: cuando comenzó a oscurecer alcanzamos un vapor que se había atascado y estaba inmovilizado, desde hacía varias semanas, en un banco de arena completamente seco. Algunos faroles desparramaban una débil luz sobre el barco, en el cual solo habían quedado unos pocos tripulantes de vigilancia. El sombrío barco, en medio de un entorno salvaje, no causaba una impresión acogedora, y la joven dama de Bremen, cuyo ánimo de por sí ya había decaído en los últimos días, esa noche se sintió bastante

desalentada. María, una azafata que había trabajado durante muchos años en el hotel Europa, en Medellín, donde la conocí, y que se había quedado a bordo, le consiguió a Elisabeth una cama aceptable con red mosquitera para que se pudiera reponer de los esfuerzos pasados mediante un buen sueño. A la mañana siguiente se sintió tan renovada, que podía afrontar con confianza todo lo que viniera.

A la madrugada nos embarcamos de nuevo en nuestro bote a motor y pocas horas más tarde, luego de un viaje no tan difícil como el del día anterior, llegamos felizmente y con buen ánimo a Puerto Berrío. Luego supimos que en el viaje de regreso a Barranquilla el bote se accidentó, chocó contra uno de los troncos atascados en el río.

El viaje de ascenso a Medellín transcurrió sin incidentes y con buen tiempo. Algunas estaciones antes de la ciudad subió un grupo de amigos al tren; según la costumbre de la época, había venido a nuestro encuentro para darnos la bienvenida. Estaban entre ellos los miembros del Consejo de Supervisión del banco, el amigo Gundlach y otros. A nuestra llegada, de inmediato nos ocupamos en instalar nuestro hogar. Alquilamos una casa perteneciente al excónsul inglés, Mr. M. Badian, en Calle Colombia 446, y la equipamos con los muebles que yo tenía y había guardado en un depósito durante mi ausencia. El control de la cocina fue tomado nuevamente por mi antigua y fiel negra Paulina, junto con otro criado.



Calle Colombia 446, Medellín

Integrarse a las condiciones de vida desconocidas le costó a Elisabeth algún tiempo. Ya había adquirido algunos conocimientos de la lengua española por razones profesionales, antes de que nos conociéramos, los cuales le fueron de gran utilidad, pero no alcanzaban para poder conversar de forma desenvuelta. Además se sumaba que la sociedad local era mucho más reservada con las mujeres extranjeras que con respecto a los hombres extranjeros. La razón de esta actitud era que no se deseaba ningún cambio en la posición de la mujer en la sociedad, que todavía se basaba en la antigua costumbre española; un punto de vista sostenido no solo por los hombres, sino también por gran parte del mundo femenino. Se temía de las mujeres extranjeras que pudieran ejercer influencias no acordes con el concepto mencionado. Pese a ello, en el transcurso del tiempo Elisabeth encontró algunas buenas amigas entre las colombianas, en primer lugar quizás doña Helena, la esposa de uno de nuestros miembros del Consejo de Supervisión y muy amigo mío, el doctor Jorge Rodríguez.